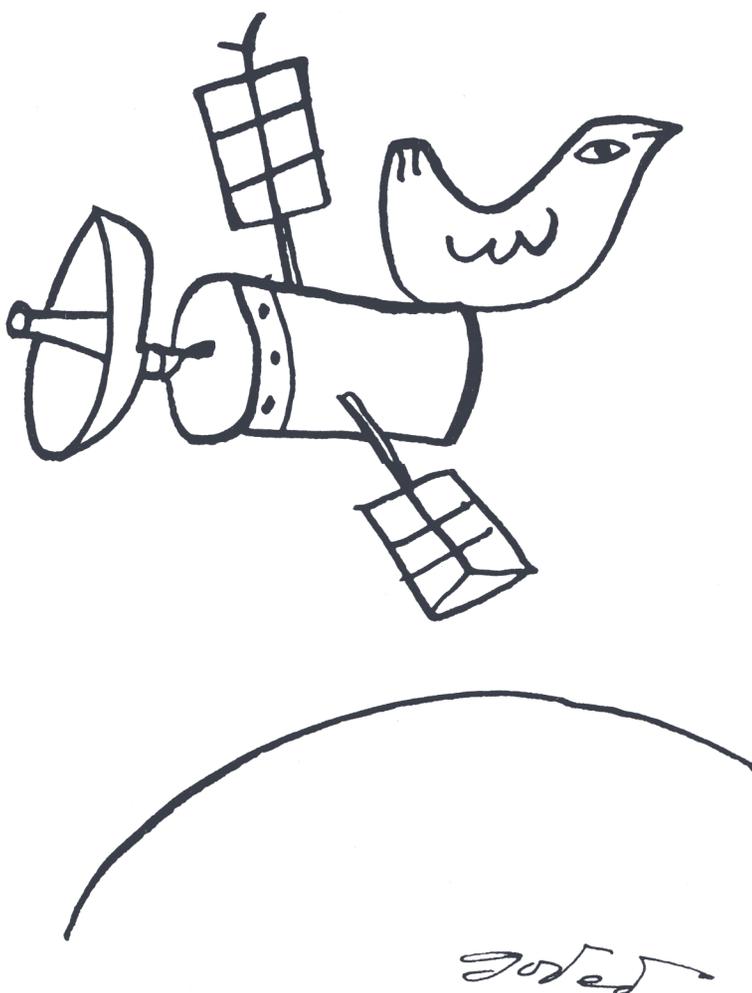


Víctor Flores Olea reflexiona sobre las cambiantes formas que el proceso de adquisición de una identidad ha adoptado en nuestro país. Ante los retos de la modernidad, es importante comprender que el contacto entre culturas diferentes es una oportunidad para fortalecer los valores esenciales y la identidad profunda de los pueblos.

LOS ROSTROS EN MOVIMIENTO



VÍCTOR FLORES OLEA
DIPLOMÁTICO, ESCRITOR Y
FOTÓGRAFO. HA COLABORADO
EN *INTERMEDIOS* ANTERIORES.
MIEMBRO DEL CONSEJO
EDITORIAL.

IDENTIDAD Y CAMBIO

En la frenética variedad del mundo moderno aparece de pronto, con rara insistencia, el tema de la identidad. Como si el desacostumbrado número de las opciones que se nos ofrecen recordara a nuestra alma que, en ocasiones, la abundancia va de la mano de la desintegración, y requiriéramos entonces un escudo que preservara nuestra memoria, las hazañas realizadas por nuestros ancestros, evitando el olvido de las obras del ingenio humano que confieren sentido de pertenencia y nos llevan a admirar la región o nación de nuestro destino. Paradójicamente, la modernidad disuelve esta memoria y se concentra en el acontecimiento inmediato, en el azar próximo, en el cálculo del corto plazo.

Visto así, el tema de la identidad recoge ecos de la doctrina freudiana y del existencialismo (Heidegger). Ambas escuelas, salvando las distancias conceptuales y metodológicas, buscan entre otras certezas: que el hombre impida las tendencias hacia su desintegración, que rompa los obstáculos que lo desvían de la autenticidad. En cuanto a la historia propiamente dicha, se habló siempre de civilizaciones, culturas o naciones, en el esfuerzo por sistematizar los trazos que han definido, en el tiempo, la evolución y el desarrollo de los pueblos.

Naturalmente que también se mencionó la "identidad" de una cultura, pero nunca pensando en que sus rasgos definitorios revelarían una esencia fija. El trazo de las culturas y de las civilizaciones, como líneas generales, ha servido para identificar evoluciones amplias, no para sostener el carácter permanente de los pueblos, la inmutabilidad de su temperamento, el freno de su historia.

Es curioso que, en los tiempos modernos, la preocupación por la "identidad cultural" o por la "identidad nacional" (sin pretender ninguna especie de tipología) surja cuando menos de tres situaciones primordiales: aquella que, ante la presencia de lo nuevo, busca preservar los elementos de la tradición, conservar el pasado. La segunda proviene del accho de potencias superiores que agreden la integridad territorial o espiritual de un pueblo, de una nación. En principio ambas reacciones son defensivas y se con-

vierten en agresivas cuando un líder promete, con adecuada demagogia, rescatar las esencias extraviadas. No es raro presenciar entonces, con el uso de una retórica y una fantasía atractivas para las masas, la recuperación del pasado mítico de los pueblos, pleno de supuestas virtudes heroicas que debieran florecer nuevamente.

En el tercer caso nos encontramos con nacionalidades que, aun a finales del siglo xx, no se integraron nunca en verdaderos Estados nacionales. Aquí está seguramente una raíz de los conflictos sangrientos que vive la ex Yugoslavia, y que probablemente definirán el horizonte de varios pueblos de Europa central y del Este que un día integraron el "socialismo real", que jamás solucionó el problema de las nacionalidades.

Hay sin duda otro tipo de nacionalismos o, si se prefiere, de naciones preocupadas por su "identidad nacional" o "cultural". Aquí colocaríamos, en general, a los países sometidos al colonialismo que, a partir de los años cincuenta, alcanzaron su "liberación nacional".

En este conjunto, por otras razones, habría que incluir a México. Un ejemplo diferente, pero con analogías, sería el caso de Polonia. Ambos países han vivido la necesidad de afirmarse ante el asedio político y cultural, y a veces militar, de los potentes vecinos que, con distintos pretextos, esmerilan su independencia, las características profundas de la nación. En ambos casos se ha asumido una actitud eminentemente defensiva, por razones obvias, en donde cuenta más el instinto de conservación que el de agresión.

El nacionalismo mexicano, en lo político y en lo psicológico, reúne pinceladas que han sido descritas profusamente desde hace tiempo: tal vez el aislamiento como producto de humillaciones y traumatismos históricos, desde la conquista hasta una suerte de soledad reactiva ante lo extranjero, ya fuera España, Francia o Estados Unidos.

Pero lo importante es que, con sus derivaciones en claroscuro, el nacionalismo ha sido una de nuestras maneras de vivir, tal vez una de las pocas fantasías que hemos cumplido. Apenas necesito recordar aquí el interés histórico del tema, que se remonta al siglo pasado, y una de cuyas principales manifestaciones teóricas

se dio por los años cincuenta: el grupo Hyperión, con el antecedente de obras importantes de Samuel Ramos y Octavio Paz.

No pretendemos hacer la tipología de las versiones del nacionalismo en México. Repitamos simplemente que la Revolución Mexicana, tal vez por su carencia de un cuerpo de doctrina fijo y rígido, y por su flexibilidad ideológica y política, fue la matriz de nuestro actual nacionalismo. Dos fueron sus razones principales: el rescate, en favor de la nación, de los recursos naturales, y un coherente esfuerzo educativo y cultural (sobre todo de Vasconcelos y del muralismo) que reconoció los valores de nuestro pasado prehispánico, menospreciados por la corriente liberal del siglo xix, y más aún por el porfirismo. Sin embargo, ese nacionalismo ha sido también un obstáculo para la irradiación de distintas corrientes en nuestro país, así como para el nivel de la discusión en muchos aspectos de la vida pública, no siempre suficientemente informada.

Como toda historia, la nuestra es también una historia de imágenes e interpretaciones. Ahora, como parte constitutiva de la "historia nacional", es un hecho la revaloración y exaltación de las culturas prehispánicas, en respuesta a las miradas hacia afuera que habían prevalecido durante el siglo anterior. Así, hemos afirmado nuestra "pertenencia" a una historia más amplia, que tendría su origen en el pasado remoto de los pueblos indígenas, a quienes se reconoce la originalidad de las culturas y un gran arte; ambos son ahora parte constitutiva de la historia "actual" del pueblo mexicano, de su ser.

Después de la Revolución, con distintos grados de encono, prosiguió la polémica entre nacionalidades y partidarios del cosmopolitismo, y en su mejor versión, de quienes han sostenido que México no puede permanecer ajeno a la creación universal y aislado de las corrientes del pensamiento contemporáneo.

Es verdad: hoy existe una voluntad bastante difundida, y también seguramente difusa, de salir en defensa de lo que se ha llamado el "patrimonio histórico y cultural" de los mexicanos. Ese sentimiento ya no se identifica con ninguna clase social, sino que parece ser



más amplio y representar algo así como una "moneda de uso corriente" de los diferentes estratos, grupos e instituciones culturales del país. Por lo que hace a estas últimas, tal defensa cae naturalmente dentro de sus obligaciones necesarias, en la medida en que las instituciones son herederas de la obra revolucionaria. Así, a pesar de la vaguedad relativa del concepto, ha triunfado la idea de preservar la tradición cultural de México, no sólo como algo constitutivo de la nación sino como el signo mismo de la singularidad de los mexicanos.

Precisemos: no en todos los sectores existe la misma noción acerca de la "identidad". En algunos se trata solamente de un coqueteo *snob*; para otros, los más vinculados con la tradición, la identidad es ciertamente constitutiva y representa no sólo una "esencia" abstracta sino una forma actual de vivir (véase el *México profundo* de Guillermo Bonfil). Para estos grupos, los hábitos y las "estructuras mentales" externas son por definición corruptores y "enemigos", atentatorios al sentimiento y a las formas de vida tradicionales.

Sin embargo, la cuestión ha evolucionado por otros caminos: los "tentáculos"

de la modernidad o, si se prefiere, de una industrialización dirigida primordialmente al consumo, no tienen fronteras. Su lógica consiste en penetrar sin obstáculos, dado que las barreras del pasado son demasiado frágiles e incapaces de resistir su exigencia de "universalidad" estandarizada. Y esto no sucede sólo en el caso de México, sino que es un fenómeno de carácter general, mundial. Las tradiciones, en todas partes, se desvanecen, cambian, se "corrompen". La razón técnica y su expresión más inmediata, el consumo, reclaman sus derechos y transforman arrasadoramente todas las otras formas de vida y las civilizaciones tradicionales.

La pregunta fundamental que surge aquí es la que se refiere a la propia civilización industrial, la que inquiere sobre el valor de su "racionalidad", de su sustancia; este interrogante es el que pone una señal de alarma en el hecho de que, al entrar al siglo *xxi*, tengamos prácticamente en todas partes formas tan precarias, y aun deleznable, de organizar la vida.

En un mundo de varios pisos, de cambios que sufren grupos tan desiguales en cuanto a sus tiempos históricos, el choque de las culturas es una realidad ine-

vitante y, muchos dirán, tremenda. Agudizado el fenómeno por el hecho de que el desequilibrio de las economías propicia ya una nueva era de intensas migraciones, del sur al norte y del este al oeste, tal fenómeno auspiciará seguramente un tiempo de intensa mezcla de culturas, de nuevos mestizajes y formas de vida en que, sobre todo en ciertas regiones, se combinarán y entrelazarán las culturas tradicionales y aquellas que son propias de la industrialización y la modernidad. ¿Cuál será el resultado? Es impredecible. Sin embargo, puede sostenerse que el norte de México y el sur de Estados Unidos, sobre todo California, es ya un verdadero "laboratorio del futuro", no sólo por la migración hispánica sino por la abundante población asiática.

El proceso de la industrialización y la urbanización, que se expandieron en México después de la Segunda Guerra Mundial, contribuyeron en gran medida a desvanecer las expresiones más provincianas y cerradas, e incluso ingenuamente agresivas, del nacionalismo mexicano. Ese proceso de secularización, como también podríamos llamarlo, que se afianza avasalladoramente en las dé-

cadadas de los sesenta y los setenta, abrió el paso a la "modernidad" y dio lugar a nuevas formas de vida que cambiaron, en más de un sentido, el panorama mexicano.

Se han modificado los valores y las actitudes, los comportamientos y los trabajos, los puntos de referencia y las expectativas de una multitud de compatriotas, sobre todo de los jóvenes, hasta el punto en que Carlos Monsiváis ha dicho que "ya está aquí la primera generación de estadounidenses nacida en México". En todo caso, llegó la primera generación que no se ha sentido atada obligatoriamente a la admiración de los valores ancestrales, a la necesidad de conservar estilos e imágenes del pasado, a la indefectible vocación de exaltarlos y asegurar su sobrevivencia.

Este impacto de la "modernidad" está vinculado con las formas de publicidad y consumo que nos llegan principalmente de Estados Unidos. Tal revolución axiológica ha modificado el comportamiento de las últimas generaciones, que no sienten la misma urgencia de las anteriores en afirmar su identidad y proteger valores y estilos nacionales. Por definición, la "modernidad" implica actitudes cosmopolitas e internacionalismo, y un trato con "lo extranjero" como si fuera propio, "natural", o mejor dicho, una visión en que se diluye lo extranjero para que "lo otro" se convierta en una casa común, en la normalidad de la vida diaria y de los puntos de referencia cotidianos.

Imagino que difícilmente hoy un joven de nuestro país se preguntaría por la definición "del mexicano", por aquellos datos y rasgos que lo separan del resto de sus coetáneos. Al contrario, es muy probable que se pregunte más bien por aquellas actitudes, valores, sentimientos y conductas que lo hacen idéntico al resto de los jóvenes de cualquier parte del mundo. Esta simultaneidad es el horizonte de su vida, de su psicología, de lo dado y acontecido en la trama de su existencia. Tal vez para las generaciones anteriores la *distinción* y la *peculiaridad* eran el signo de su auténtico ser; hoy, al menos para un sector importante de nuestra población, la *semejanza* con el resto de los contemporáneos es el verdadero signo de la existencia, de su "estar en el mundo".

Nos interesa subrayar que, al menos

La preocupación por la "identidad nacional" surge del deseo de preservar los elementos de la tradición, de conservar el pasado

en ciertas esferas de la población, se ha operado una fuerte asimilación de las actitudes y valores de la "modernidad", aun cuando probablemente falta su actualización en instituciones e ideologías (Merquior). No puede hablarse del país en su totalidad, porque el proceso de las transformaciones nunca es homogéneo: el sector rural está mucho más próximo a la tradición que las áreas urbanas, aun cuando los medios de comunicación masiva causan también impacto en el sector campesino.

En un país como el nuestro, los procesos de la modernización han sugerido pérdida de la identidad y abandono de las "esencias" nacionales. Ese sentimiento de despojo y falsificación, aunado recientemente a la negociación y firma del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá, ha traído nuevamente a un primer plano la discusión sobre la "identidad cultural", que es una forma oblicua del alegato nacionalista.

Hay pues, según los grupos, diferentes modos de percibir la inevitable inva-

sión de la modernidad. Para los más jóvenes (no sólo de las clases medias y altas urbanas, sino también de las zonas marginadas y aun de las zonas rurales), el medio mismo en que se han educado contiene sus puntos de referencia irrebatibles acerca del bienestar y la civilización. Pero dentro de una sociedad en la que se ha difundido, de manera espuria o genuina, poco importa, la idea de identidad cultural, un acuerdo como el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos y Canadá despierta, como es obvio, las más enconadas sospechas y reticencias.

Desde luego debemos recordar el volumen de nuestro comercio global con Estados Unidos, que durante varias décadas ha oscilado alrededor del 70%; con Canadá es mucho más modesto y desde luego no incluye el temor de la penetración cultural. Ante estas magnitudes, pudiera pensarse que, aun incrementándose el vínculo económico, la relación de dependencia con Estados Unidos ya no se transformará *cualitativamente*.

Algunos argumentos principales se han expuesto de uno y otro lado. Uno dice, por ejemplo, que siendo tan "singulares" y vigorosas las culturas tradicionales y populares de México, difícilmente se doblegarán ante el ímpetu del "consumismo" y de la publicidad estadounidense. Otro afirma que, más allá de la fuerte personalidad de nuestras culturas, el TLC será el vehículo de una mayor explotación y aprovechamiento no sólo de los recursos naturales de México, sino de nuestras personas, de nuestros estilos de vida, de nuestros valores. Otros más sostienen que, en tal "choque de culturas", la mexicana "contaminará" también a la estadounidense, estableciéndose combinaciones originales y novedosas.

Esto nos lleva a una consideración más radical: al hecho de que, como en un espejo de muchos rostros, la historia obliga a cada país a recomponerse continuamente, a hacer y rehacer sus características, manías, hábitos y costumbres; a cambiar sus máscaras y su psicología, a variar su alma y su destino. Diríamos que, por definición, la identidad es mutante: cada país, como cada persona, tiene diferentes *yos*, diversas identidades, infinidad de laderas, una superposición prácticamente inacabable de capas y vetas, de personalidades que también los definen. ▼

Sólo la perspectiva histórica nos proporciona la ilusión de la identidad. ¿Existe en la historia una "identidad" más definida que la de los griegos del siglo V a.C.? Y, sin embargo, para los portadores de la tradición, en aquel momento se perdían los rasgos de la Hélade "original" bajo la influencia combinada y arrasadora de egipcios y norafricanos, hindúes, de los herederos de las culturas mesopotámicas y de Asia Menor, de las tribus bárbaras del norte de Europa, de los primitivos habitantes del Lacio. Aquellos helénicos probablemente vivían en el caos de las mezclas y las influencias perniciosas. Y, sin embargo, precisamente llamamos hoy Grecia clásica al resultado de esa amalgama y de esa dinámica angustiante para quien la vivió de cerca, a esa madre y modelo de la cultura y de la civilización occidentales.

Lo anterior significaría que, por definición, la cultura es siempre el resultado de un mestizaje, hija de la combinación de elementos afines y aun contradictorios y opuestos. En cada momento la cultura y la tradición se componen y transforman, se exploran a sí mismas y modifican su rostro, viviendo y muriendo. Es imposible suspender la esencia cambiante de la historia y la naturaleza de la cultura, múltiple concentración que jamás es idéntica a sí misma.

Decíamos que, en el horizonte de un futuro próximo, las grandes migraciones marcarán también las "identidades" de los países que hoy se consideran portadores de la cultura occidental. ¿Hasta qué punto? Ya vimos que nadie tiene certificado de identidad y que la historia produce inesperadas ironías. No solamente eso: los mismos medios masivos difun-

den intensamente estilos, formas de vida y valores que militan activamente en contra de tales "identidades", proponiendo gustos, aficiones, tendencias "exóticas" y mezclando tiempos históricos diversos. En la inmensa variedad de las culturas "mestizas" que forman la cultura universal de nuestra época, que *son* nuestra época (*todas* las épocas, aun cuando hoy se agudice la tendencia hacia los "mestizajes", por la velocidad de las comunicaciones y la "información"), las "identidades" apenas son límites y puntos de referencia. La combinación triunfa, el juego de los espejos es la vida diaria y natural, donde los filtros se imponen.

Naturalmente, hay espacios en que la síntesis se expresa con cristalina pureza. Mencionábamos, como ejemplo, ese universo de laboratorio del futuro que es el sur de California (y varios puntos de con-



Jodes

**La historia obliga
a cada país a
recomponerse
continuamente, a
cambiar sus
máscaras, su
psicología, su
alma y su destino**

tacto de la frontera norte mexicana con Estados Unidos). Allí surgen continuamente nuevas formas de vida, culturas originales, hasta nuevos tipos humanos, los lenguajes se transforman y se renuevan las maneras de actuar. Desconozco si los próximos mestizajes culturales en el mundo se parecerán, siquiera remotamente, por su intensidad y vastedad, a lo que ocurre en esa amplísima frontera entre México y Estados Unidos. Pero pienso que ese fenómeno es un adelanto del porvenir, una señal inequívoca del futuro, y concretamente del futuro mexicano, que será acelerado por el Tratado de Libre Comercio. Otra vez en nuestra historia, probablemente, nos esperan grandes simbiosis y transformaciones como las que hemos vivido durante siglos. Unos las recibirán con entusiasmo; otros, como si fuese una terrible catástrofe. Para estos últimos, el propósito de conservar las propias esencias estaría llegando a una crisis insostenible, a un despenadero insalvable, sin marcha atrás. Los más radicales hablan de traición y hasta de abandono.

No hay duda de la originalidad y fuerza de las culturas prehispánicas, ni de su combinación con la europea y la de otros continentes a través de la Colonia y la Independencia. Sin duda, ellas marcarán con su personalidad a las nuevas sociedades "mestizas" de la región, sobre todo en un tiempo en que, ante la vocación estandarizadora del consumismo y de los medios masivos de propaganda, aparece en diversos lugares una nueva voluntad de regresar a los valores regionales y comunitarios.

Es decir, no el triunfo definitivo de la "nivelación igualadora" de la publicidad, sino un principio indomable de autoconservación de la persona y de sus grupos "naturales" más próximos. Ésta es la tendencia que se impone en diferentes continentes y regiones, y desde luego favorece la afirmación de los valores de la tradición histórica de México, pero no como algo "aislado" y capaz de preservarse en un estado de limpia "pureza", sino como los valores, las imágenes y las visiones del mundo (de la vida y de la muerte) que son también capaces de "hablar" a otras culturas, a los hombres que tienen otras experiencias y otras sensibilidades. Su afirmación no será el resultado de la "preservación" solitaria y ais-

lada, del *ghetto* cultural, sino de su fuerza misma de persuasión, de su capacidad de descubrimiento del mundo a los ojos de los demás, de los ajenos. Únicamente esas razones evitarán que, en las nuevas amalgamas de la cultura, se desvanezcan nuestros valores y características, sin excluir que puedan reaparecer tomando otras formas y viviendo otras encarnaciones.

Naturalmente que la preocupación mayor surge en el ámbito de las industrias culturales, y en primer lugar de las audiovisuales: el video, la cinematografía, la televisión, la televisión por cable y por satélite, la radio. Ésta es una de las fuentes más importantes de penetración y distorsión de los valores culturales de nuestra tradición. El problema es que en México no se ha dado todavía una acción suficientemente seria para proyectar los elementos de la cultura mexicana a la población hispanoparlante de Estados Unidos; además, para elaborar una cultura propia del audiovisual que signifique una alternativa real a los programas que se reciben de ese país (con la relativa excepción del cine y, en alguna medida, de la radiodifusión).

Debe decirse que, más allá de los aspectos económicos y tecnológicos de la cuestión, nivel en que Estados Unidos mantiene una clara superioridad mundial, la cultura del consumo no sólo es enemiga de la identidad de los mexicanos, sino de la cultura *tout court*. Es decir, socava también las bases de la gran cultura norteamericana, que tiene significados *opuestos* a los de las industrias del entretenimiento. (Pero ¿no hay una cultura "contemporánea" que difunden precisamente las industrias culturales? Recordemos que Adorno, el crítico acerbo de esas culturas, decía que hoy una cultura que no pasa por las industrias culturales tiene necesariamente algo de reaccionaria.)

En este punto, me parece que es necesario estrechar los vínculos de instituciones y personas de la cultura mexicana con las fuentes de la gran cultura y del arte de Estados Unidos.

Pero el problema mayor del Tratado de Libre Comercio en cuanto a la penetración cultural se refiere a la informática y a los sistemas de comunicación, renglón en que difícilmente podemos competir o proponer alternativas propias.

La codificación está hecha con tecnología de fuera, en inglés, y las grandes bases de datos corresponden a servicios estadounidenses. Aquí correspondería utilizar esa tecnología para nuestros propios fines, para la difusión y el mejor conocimiento de nuestro arte y cultura.

En el aspecto político, en cambio, deberíamos enriquecernos por el mayor contacto y cercanía con una comunidad que de suyo actúa en la dirección de las reflexiones de Tocqueville. Me parece que México debería salir reforzado democráticamente, aprendiendo de la experiencia participativa de una sociedad abierta. En México, como es obvio, todavía impera un régimen político muy patrimonialista, vertical. El avance de la sociedad civil nos aleja cada vez más de los controles jerárquicos tradicionales, desde arriba; pero además, podríamos recibir una experiencia democrática profunda que nos ha hecho falta, de la cual hemos carecido. Es decir, más allá de las discriminaciones que ahora sufren y seguirán sufriendo las comunidades étnicas en Estados Unidos (los negros, pero también las comunidades de origen hispánico), y de una política general construida sobre la influencia determinante de los medios de difusión, seguiremos aprendiendo allí aspectos esenciales de la democracia: la necesidad de la expresión libre, las posibilidades que ofrecen las diversas formas de asociación autónoma; y también, por supuesto, las iniciativas espontáneas, no dirigidas, de la sociedad civil. Todo esto aportaría una inmensa ganancia a nuestra identidad, a la nueva identidad de los mexicanos.

Para finalizar, reitero que sólo hay una manera en que la cultura, *cualquier* cultura, cobre vigor y se renueve: el intercambio, la apertura, el contacto con *otras* culturas. Una cultura encerrada en sí misma muere y se asfixia, está destinada a desaparecer, a empobrecerse, a disminuirse. La historia entera nos muestra que la vitalidad de las culturas es su intercambio, su apertura para dar y recibir de otras experiencias. La única manera de preservar la identidad real y profunda de los pueblos consiste hoy en abrirse, en transitar por otros tiempos, en nutrirse de otras estéticas, de otras almas, de otras maneras. Si no fuera así estarían condenados a empequeñecerse y a morir, sentenciados inapelablemente a la extinción. ▼